

En 1936 o 1937, Rafael F. Muñoz envió a Espasa-Calpe de Madrid el manuscrito de su novela *Se llevaron el cañón para Bachimba*, pero a causa de la guerra civil, el texto se perdió y Muñoz no guardó copia. Años después, José Ortega y Gasset le escribió al mexicano desde Buenos Aires para preguntarle si aún le interesaba publicar su obra. Por fortuna, esta auténtica novela de formación aparece en 1941. El narrador protagonista es un joven de 14 años, Alvarito Abasolo. El apellido es ilustre: pertenece a un héroe histórico de la Independencia (Mariano Abasolo) y en la novela se proporciona información del pasado heroico de la familia, con excepción del padre de Alvarito, demócrata antimilitarista que afirmaba

que no hay nada peor que los soldados cuando quieren gobernar militarmente el país. Este hombre tiene que marcharse, pero deja en casa a su hijo con Aniceto, un viejo criado que funge como su segundo padre. De repente, la soledad es alterada: irrumpe una fuerza externa en la intimidad, un bando orozquista comandado por el general Marcos Ruiz. El muchacho intenta defender la casa, pero no lo logra. La impotencia del narrador se expresa en la descripción de Marcos: "Recorrí los corredores, asomando a las piezas donde ya sus hombres estaban acomodándose. Yo le seguía, sintiéndome pequeño a su lado". Es abismal el contraste entre la cultura del joven, heredada de su padre, y la de los soldados, que no sabían ni cómo mane-

A 70 años de su publicación

La obra maestra de Rafael F. Muñoz

JUAN ANTONIO ROSADO



jar una máquina de escribir. La muerte accidental de Aniceto implica una transformación radical de Alvarito, y justo ocurre cuando éste aprende de Marcos a manejar la pistola, es decir, cuando se inicia en una nueva vida.

El protagonista entonces entra en un duro proceso de

aprendizaje en que, por un lado, tendrá que imitar al padre sustituto, sufrir pruebas, penalidades, infiernos —hay un capítulo titulado "Infierno"—, infantilismos y confusiones, hasta cambiar de nombre y convertirse en Abasolo el Colorado, matar e independizarse. Al final, el coronel Aguirre le llamará "Marquitos". Su formación no es ni teórica ni libresca, aunque ésta le sea útil, sino la de la vida militar, que incluye, en esta obra, *la aprehen-*

sión del ideal, ya que el prurito es no dejar morir la revolución mientras no se logren sus fines. Para el soldado, no rendirse es consustancial a la dignidad, pues el ideal se ubica más allá de las personas, como llega a declarar Ruiz: "Madero. Orozco. Nombres nada más. Nosotros no debemos personificar las ideas, porque el pueblo se aleja más fácilmente de los hombres que de las tendencias. No es preciso que sea Orozco el que triunfe sobre Madero ni Madero el que se imponga sobre Orozco; es preciso que sea el pueblo el que triunfe, a pesar de los errores, de las pasiones, de las locuras, de la ceguera de sangre, de los odios...". Al final, el protagonista recuerda las palabras de su padre:

"Te faltan muchos años para ser un hombre", pero también aclara:

¡Ah, qué alegría! Yo soy un hombre completo desde hace mucho tiempo. Yo sé luchar, yo sé resistir, yo sé perder. Yo tengo ya las enseñanzas de una vida y un propósito muy alto para el futuro. Vencido, solitario, extraviado, no me he rendido ni me rendiré. Adondequiera que vaya, alto o bajo, tengo ya una finalidad que seguir, una lección que obedecer, un sentimiento íntimo que practicar.

Con un estilo pulcro y poético, y también por sus mensajes desde el punto de vista axiológico, social y político, esta novela puede considerarse un clásico de la literatura mexicana del siglo XX. ④

Para Chuche sj, que dejó a la meche, y David sj, que, secamente, se entrega todo.

Tras dos años de silencio por parte de la Comandancia del EZLN, la muerte de un cura humilde y comprometido les hace tomar la pluma. El comunicado se dirige "Al pueblo de México" y está firmado por el Teniente Coronel Insurgente Moisés y por el Subcomandante Insurgente Marcos.

Es notable cómo este grupo disidente, conformado por gente de diversas doctrinas religiosas o de ninguna, acepta con humildad que a pesar de diferencias y desacuerdos con el obispo Samuel Ruiz García —que revolucionó la diócesis de San Cristóbal— es uno de los muchos católicos que forma parte de una "práctica de la religión católica" que destaca por "un catolicismo practicado en y con los desposeídos". Don Samuel y su equipo sobresalieron en su actividad para mejorar las condiciones de los indígenas lo que podía costarles "la vida, libertad y bienes": forman parte de una Iglesia Católica "progresista". La Declaración también aclara que no es cierto que "la Diócesis había formado a las bases y a los cuadros de dirección del EZLN". Sin embargo, si había sido perseguida desde mucho antes de que estallara el movimiento armado del Ejército Zapatista: don Samuel fue objeto de atentados e, incluso, de un amago de encarcelamiento.

No podemos dejar de inclinarnos ante la honestidad de la Comandancia del EZLN que en vez de aprovechar este momento para atrincherarse en la izquierda política y en la progresista eclesial y pegarle